

# La verdad revelada



**L**os historiadores han dividido la historia de la humanidad en "Edades", de acuerdo a algún hecho, o más bien conjunto de hechos, que por su importancia definían transformaciones sustantivas de la anterioridad.

Pocos serán, en la actualidad, los que duden que estamos frente a cambios de tal naturaleza y envergadura como los que justificaron la arbitraria, aunque no caprichosa, división de la historia, y que a lo mejor debemos prepararnos para rebautizar la Edad que hemos denominado Contemporánea.

El desarrollo vertiginoso de la ciencia y de la técnica, especialmente de las vinculadas a la energía, la biogenética, la investigación espacial y las comunicaciones, los cambios operados en el campo político, principalmente los que tuvieron lugar en los países del socialismo real y excluyente, la consolidación de grandes espacios regionales, en fin, constituyen en su conjunto un hito fundamental en el devenir de la civilización.

Pero todo tiempo de cambio es tiempo de crisis en las que determinadas creencias son sometidas a nuevos análisis, y ciertos proyectos y objetivos deben necesariamente ser redefinidos. Tiempos de discusión y de duda, de esperanzas y búsquedas, de angustias y sobresaltos, de marchas y retrocesos, de aceptaciones y rechazos, de acuerdos, de enfrentamientos, de freno y empuje, de realismo y de sueños, de corajes y cobardías, de rebeldías y resignaciones, de buenas intenciones y perversos designios, de ejemplos e iniquidades, de generosidades y egoísmos, de certezas y perplejidades, pero, sobre todo, tiempos de lucha y desafíos; de lucha incesante, de estrategias sin plazos y sin réditos para afirmar la libertad, la justicia, la igualdad; en otras palabras, tiempos también en los que se percibe una nueva posibilidad para la concreción de los derechos humanos de manera integral.

En consecuencia, tiempos en los que pocas actitudes humanas aparecen como más convenientes y aún necesarias, que la predisposición a una discusión enriquecedora, capaz de esclarecer y encender faros que iluminen los caminos del futuro atravesando las opacidades de los odios, los egoísmos, los dogmas y los fundamentalismos que esconden la huella correcta para extraviarnos en los meandros de la senda.

Y lo cierto es que en todas partes se discute, a veces vehementemente, pero como manda el reglamento tácito de la democracia, sin descalificar al contendiente.

En los organismos internacionales, en los partidos políticos, en las universidades, en Europa, en Asia, en América, en África, en cada país, en cada foro, en cada ciudad, en cada pueblo. En todas partes y en todos los niveles, gracias a Dios, se discute.

En cuanto al nuevo orden internacional, si se logrará o no una suerte de democratización universal o aun si es conveniente o no; en cuanto al sistema económico mundial, si será o no posible esperar más equidad en su estructuración para facilitar la irrupción de una justicia global; cuáles serán los métodos para afianzar la libertad y respetar mejor los derechos del hombre, cuáles las fórmulas para acceder

al desarrollo; cuáles los requisitos para garantizar la paz; cuáles las características del adelanto científico y tecnológico y cuáles los límites de su aplicación; cuáles serán los impulsos necesarios para asegurar la preservación del ambiente; cuáles, en fin, las condiciones para asegurar en todas partes el respeto a la dignidad y cuáles los supuestos sobre los que se edificará un mundo fraterno y solidario.

En todas partes, el diálogo fecundo, la discusión empinada y la búsqueda afanosa, entre dudas dolorosas e inquietantes, menos en la Argentina. Aquí, para algunos sectores, no debe tolerarse la discrepancia. Hay una verdad revelada y se acabó. Son los fundamentalistas del mercado; temerosos de que se les pueda escapar una oportunidad que jamás habían imaginado, ninguna crítica es bienvenida, aunque nada tenga que ver con la economía, ni siquiera cuando se trata de defender principios del Estado de Derecho que a todos amparan. También en este caso, resultan inoportunas... Quietos, quietitos... quedo, quedito...

El que disiente, el que contesta, el que discute, en realidad desobedece, abusa, se propasa y se rebela. No se puede argüir o polemizar; quien controvierte a los dueños o detentadores de la verdad revelada, debe ser sometido a proceso porque trabaja para la discordia, la desunión y los ritmos duros de la disconformidad y la agitación, en contra de la suave cadencia de la resignación.

Al que osa, pena por el atrevimiento: que se deformen sus dichos, que se relativicen sus asertos, que se desnaturalicen sus intenciones, que se ridiculicen sus convicciones, que se dude de su rectitud, que se lo insulte, se lo ofenda, se lo descalifique y que se le ponga etiquetas, si es posible, descartables. Esta es la sentencia. Y a cumplirla, de la mañana a la noche y por todos los medios.

Nosotros tuvimos, quién lo duda, una oposición inelmente y exasperada. Tratamos ahora de plantear una oposición leal, constructiva, útil para el diálogo y la convivencia, capaz de afirmar el sistema democrático.

Pero no hay una crítica que formulemos que no sea utilizada para crear la imagen de un estereotipo de intolerancia; no hay un gesto de fastidio, que no se distorsione para mostrarnos como enloquecidos de resentimiento, en una acción psicológica que hasta ha prendido, según parece, en ciertos dirigentes de la oposición. Se disimula que tendemos la mano y se lanza, cada vez que es posible, una catárafata de denuestos.

La democracia es un camino hacia la verdad, una búsqueda de la verdad y esto no quiere decir que una determinada relación numérica de los votos, determine la verdad. Le otorga a un partido el mandato de gobernar o lo ratifica en su gestión, pero eso es todo. Y nada autoriza a sector alguno del poder a declarar el fin de la historia en la Argentina y a obstaculizar y banalizar la discusión política.

La soberbia de los que se sienten triunfadores para siempre manda a que se nos pregunte si creemos que el pueblo se equivoca en un tipo de interrogatorio que recuerda al que los fariseos le hacían a Jesús con el propósito de que incurriera en contradicción. La respuesta correcta, creo, es que todos, como personas y como sociedades, podemos equivocarnos y podemos rectificarnos y en la discusión, podemos encontrar verdades que, finalmente, tampoco es seguro que sean definitivas.